

LAS FIESTAS DEL SANTO

Dispuesto a desmontar la grandeza de las fiestas del Santo, cerré la maleta y fui al aeropuerto sin una sola prenda roja conmigo. Al llegar a destino, el aeropuerto era un hervidero de comentarios exaltados y foráneos ávidos de fiesta. Libreta de periodista en mano, seguro de poder destapar el mito, me encaminé al hotel. Nunca llegué a él. Una magia que creía inexistente me rondó, me tanteó y me cautivó al pisar la ciudad. A los veinte minutos ya había comprado varios pañuelos rojos y me había cambiado el atuendo. A la media hora devoraba copiosos manjares, me refrescaba con espirituosos de la tierra y reía amistosamente. A las dos horas me dejaba mecer extasiado por la marea de festeros. Al llegar la noche retozaba junto al ser más hermosos de la creación; australiana, treinta años. Al amanecer la adrenalina del encierro invadió mi cuerpo, bombeando en mi corazón bravura y arena. En el inevitable final de aquella semana cogí un avión hacia un nuevo futuro. A mi lado, la mujer de cabello plateado que compartiría mi vida. En mi interior, la firme promesa de volver. En mi maleta, prendas en rojo y blanco, amistades y la grandeza de las fiestas del Santo.

Planeta Tierra, 08-05-2012

Juanje López